



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo A. Podestá"
Repositorio Institucional

Movimientos socioterritoriales e identidad: una construcción colectiva. Aspectos para un abordaje empírico

Año
2018

Autora
Isidro, Maria Eugenia

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Isidro, M. E. (2018). *Movimientos socioterritoriales e identidad: una construcción colectiva. aporte al campo comunicacional*. 20vo Congreso REDCOM. Primer congreso latinoamericano de comunicación de la UNVM. Comunicaciones, poderes y tecnologías: de territorios locales a territorios globales. Villa María: Universidad Nacional de Villa María



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

Movimientos socioterritoriales e identidad: una construcción colectiva.

Aspectos para un abordaje empírico

Maria Eugenia Isidro

Becaria Doctoral del CONICET

Universidad Nacional de Río Cuarto

mariaeugeniaisidro@gmail.com

Resumen

Partimos de pensar que la identidad de los movimientos sociales se construye de manera permanente y dialécticamente a partir de la relación dialógica entre el contexto de acción, la historia colectiva del movimiento, las relaciones internas entre sus miembros, las relaciones (de alianza o disputa) que tiene con otros actores y el entramado de sentidos compartidos entre sus participantes. Se trata de aspectos fundamentales a la hora de analizar la identidad de los movimientos sociales ya que contribuyen a su construcción siempre dinámica y a la configuración de un repertorio de acciones colectivas a partir del cual los movimientos van encontrando ciertos intersticios a través de los cuales intentan configurar un nuevo orden.

En este trabajo se exponen algunos resultados obtenidos de una investigación realizada en el marco de la Maestría en Ciencias Sociales (FCH – UNRC) cuyo principal objetivo es analizar el proceso de construcción identitaria de un movimiento socioterritorial que surge en una agrociedad emplazada en la pampa húmeda argentina y que desde el año 2012 viene ofreciendo resistencia al agronegocio a través de múltiples acciones colectivas tanto directas como institucionales. Siguiendo los lineamientos generales de la etnografía, en esta investigación lo que se intenta es comprender el objeto de estudio desde la propia perspectiva de los actores involucrados. La principal técnica de recolección de datos utilizada es la observación participante mientras que la entrevista se usa como técnica complementaria.

Introducción

Este trabajo no es más (ni menos) que el relato de una experiencia en el que proponemos un recorrido por los lineamientos teóricos y metodológicos que hicieron posible analizar la construcción identitaria de un movimiento socioterritorial de carácter ambiental, trabajo de investigación efectuado en el marco de la Maestría en Ciencias Sociales (FCH – UNRC).

En la primera parte del trabajo, dedicada a los aspectos teóricos, nos encargaremos de definir y caracterizar a los movimientos sociales en clave territorial, una mirada latinoamericana surgida para entender, problematizar y analizar a los colectivos que surgen en estas latitudes. En este apartado también ahondaremos en la conceptualización de la identidad, el otro eje de nuestro trabajo. Para eso recuperamos aportes de diferentes perspectivas teóricas que nos posibilitan entender la construcción identitaria de los movimientos socioterritoriales.

La segunda parte está abocada a los aspectos metodológicos que hicieron posible llevar adelante la investigación. Para eso ponemos en consideración algunas reflexiones que surgen de la experiencia de haber realizado un trabajo etnográfico en un movimiento socioterritorial. Además de describir cómo se hizo, ahondaremos en las tensiones que fueron surgiendo en el proceso de investigación y el rol que jugó la reflexividad tanto de la investigadora como así también de los actores.

Los invitamos, ahora sí, a recorrer parte de los senderos de esta investigación.

1. Aspectos teóricos

Movimientos socioterritoriales e identidad en el centro de atención

¿Movimientos sociales o socioterritoriales?

“Movimiento socioterritorial” es una noción que surge a partir de los planteos del geógrafo brasileiro Bernardo Mançano Fernandes quien enfatiza la idea de que éstos y los movimientos sociales “son un mismo sujeto colectivo o grupo social que se organiza para desarrollar una determinada acción en defensa de sus intereses, en posibles enfrentamientos y conflictos, con el objetivo de la transformación de la realidad”

(Fernandes, 2006: 8). La diferencia radica en la perspectiva desde la cual se los analiza. En este sentido, cobra vital relevancia el territorio.

Con la finalidad de lograr sus objetivos, los movimientos sociales construyen espacios políticos, se espacializan y promueven cambios en el territorio a partir de procesos de territorialización y desterritorialización provocados por sus propias acciones (Fernandes, 2006). Así, el territorio cobra una vital importancia a la hora de explicar la lógica relacional e identitaria de los movimientos sociales. En este marco, surge en el seno de la Geografía brasilera, la noción de movimiento socioterritorial (Fernandes, 2006) para referirse a los movimientos que surgen en estas latitudes.

Desde esta perspectiva, el territorio es concebido como un espacio de resistencia, resignificación y creación de nuevas relaciones sociales. En este sentido, es considerado no sólo en su dimensión material sino también simbólica. Raúl Zibechi (2003) considera que buena parte de las características comunes que tienen los movimientos sociales latinoamericanos derivan de la territorialización, es decir, “de su arraigo en espacios físicos recuperados o conquistados a través de largas luchas, abiertas o subterráneas” (Zibechi, 2003: 186). Desde esta mirada, la cuestión del territorio siempre estuvo presente en la idiosincrasia de estos movimientos y es por eso que los académicos y teóricos han visto en esta dimensión un elemento central para su estudio y, al mismo tiempo, un factor novedoso en lo que respecta a la Teoría de los Movimientos Sociales.

En esta línea de análisis, Maristella Svampa (2006) propone una serie de dimensiones para caracterizar a los movimientos sociales latinoamericanos: acción directa, tendencia a la autonomía y estructura flexible y asamblearia; y agrega dos dimensiones distintivas de los movimientos de índole ambiental: territorialidad y multiescalaridad (Svampa, 2008)¹.

Acción directa. Los movimientos sociales latinoamericanos, en general, y los socioterritoriales, en particular, combinan diferentes formas de acción directa con acciones institucionales. Es decir, no sólo cortan las calles, realizan escraches o marchan sino que también presentan peticiones, informes, proyectos, etc. a través de los

¹ Por su parte, Raúl Zibechi, también va a plantear una serie de características comunes de los movimientos sociales latinoamericano coincidiendo por momentos con Svampa (en lo que respecta a la territorialidad y la búsqueda de la autonomía) y agregando otras cualidades como: revalorización de la cultura y afirmación de la identidad; capacidad para formar sus propios intelectuales; el nuevo rol de las mujeres; y, por último, la preocupación por la organización del trabajo y la relación con la naturaleza (Zibechi, 2003).

cuales intentan que sus reclamos se canalicen por diferentes vías y así obtener los resultados esperados.

La protesta social quizás es, en los últimos tiempos, la acción directa más popular y eficaz con la que cuentan los movimientos sociales para hacer visibles sus demandas y reclamos. Federico Schuster (2005) la define como una forma de acción colectiva de carácter contencioso e intencional que adquiere visibilidad pública y que se orienta al sostenimiento de demandas, principalmente, frente al Estado. La acción directa posibilita que los sectores con menor poder puedan hacer escuchar sus reclamos.

Entre los elementos fundamentales que aparecen interrelacionados en las acciones colectivas se encuentran la demanda y el formato (Schuster, 2005). Con respecto a la demanda Schuster sostiene que es aquello que se reclama en la acción de protesta. Se trata de un elemento central ya que permite definir el tipo de acción, su relación con la identidad o las condiciones estructurales y el rango de alternativas que deja a la negociación. Mientras que el formato es el modo en que la protesta aparece en la escena pública. Abarca aspectos estéticos y estratégicos de la acción, en este sentido se trata de una instancia que integra factores de identidad y racionalidad. La elección (explícita o implícita) del formato está estrechamente vinculada con una decisión estratégica respecto del modo más eficaz de actuar con el fin de obtener un resultado deseado. Esta elección deriva de las tradiciones subjetivas de los individuos y grupos que actúan (Schuster, 2005).

Esta característica planteada por Svampa en términos teóricos, es relativizada desde lo empírico, sobre todo pensando en los movimientos socioterritoriales de carácter ambiental donde las acciones institucionales (reuniones con funcionarios, presentación de escritos, etc) y las actividades culturales y de formación son las que prevalecen.

Tendencia a la autonomía. La autonomía es pensada no sólo como eje organizativo sino también desde un punto de vista estratégico. Poder conseguir autonomía es el gran desafío que tienen los movimientos sociales ya que implica un gran paso para lograr la autodeterminación (es decir, dotarse de su propia ley) y además pone de manifiesto una transformación importante en el proceso de construcción de las subjetividades políticas. Es importante aclarar que se trata de una predisposición hacia el logro de la misma y que implica un arduo trabajo por parte de los miembros del movimiento.

Maristella Svampa (2008) prefiere hablar de una nueva narrativa autonomista porque ésta se construye como un relato identitario, de producción del sujeto, en el cual cuenta

la experiencia personal de los actores (antes que una inscripción en la comunidad, el pueblo o la clase social). Por otro lado, históricamente, es una narrativa que se nutre del fracaso general de las izquierdas tradicionales, así como de los procesos de desinstitucionalización de las sociedades contemporáneas.

Estructura flexible y asamblearia. Marca una ruptura con las organizaciones tradicionales como los gremios, sindicatos y partidos (Svampa, 2006). En las asambleas no hay un criterio (por ejemplo, la afiliación) por el cual se pueda entrar o no, el único requisito es la participación, la “presencia”, el “estar allí” con continuidad, compromiso y voluntad de generar colectivamente nuevos códigos y sentidos (Giarracca y Petz, 2007). Cada asambleísta tiene la posibilidad de expresar su posición y argumentos ante los temas que son tratados, del mismo modo tiene derecho a votar o, como se da en nuestro caso de análisis, participar de la toma de decisiones a través del consenso resultante del acuerdo colectivo luego de una instancia de deliberación e intercambio de opiniones. Según Svampa (2006), la asamblea se trata de una forma de democracia directa que va diseñando un nuevo paradigma de la política concebida desde abajo.

Como veremos en el segundo aparato de este trabajo, la cuestión de la participación, aspecto central de la forma asamblearia que adoptan los movimientos socioterritoriales, va a generar una tensión en el rol de observadora ante la cual la investigadora deberá tomar decisiones metodológicas que implican, entre otras cuestiones, potenciar su reflexividad.

Como las dimensiones “territorialidad” y “multiescalaridad” tienen, siguiendo el planteo de Svampa, una central importancia en los movimientos socioterritoriales de carácter ambiental, los desarrollaremos de manera conjunta.

Territorialidad y multiescalaridad. Desde finales de la década de 1980, el territorio comenzó a configurarse como un lugar de disputa a partir de la implementación de nuevas políticas diseñadas para el control de la pobreza. Y, más recientemente, a partir de la lógica capitalista de empresas transnacionales que buscan asentarse en espacios estratégicos por la presencia de importantes recursos naturales para explotarlos y, una vez agotados, ir en busca de otro espacio en el que puedan encontrar nuevamente el recurso que necesitan.

A partir de las nuevas modalidades adoptadas por la lógica de acumulación capitalista, el territorio pensado como hábitat y comunidad de vida, es el centro de reclamos de las movilizaciones y movimientos campesinos, indígenas y

socioambientales. La disputa territorial tiene que ver con concepciones totalmente opuestas del espacio y lo que significa para los sectores enfrentados: los movimientos por un lado y los grupos económicos por el otro.

La “transformación del espacio en territorio se da por medio de la conflictualidad, definida por el estado permanente de conflictos en el enfrentamiento entre las fuerzas políticas que intentan crear, conquistar y controlar sus territorios” (Fernandes, 2006:7). De esta manera el territorio es pensado como un espacio apropiado, como una determinada relación social que lo produce y lo mantiene a partir de una forma de poder. Siguiendo el planteo de Porto Gonçalves, “el territorio es instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él. Así, hay siempre territorio y territorialidad, o sea, procesos sociales de territorialización. En un mismoterritorio hay, siempre, múltiples territorialidades” (2009: 5). El territorio pensado desde esta mirada involucra un proceso siempre dinámico en tanto objeto aconteciendo.

Los movimientos sociales están imbricados en el marco de un entramado complejo en el cual se encuentran involucrados actores sociales, económicos y políticos en diferentes escalas (locales, regionales y/o provinciales, estatales y globales). Elizabeth Jelin ya en los primeros años del nuevo siglo sostenía que “más que en ningún momento anterior de la historia, la expresión de demandas sociales colectivas en un ámbito local (...) contienen en sí mismas la multiplicidad de sentidos implicados en la interpenetración, articulación y superposición de niveles” (Jelin, 2003: 50). Al mismo tiempo advertía que la activación de las redes internacionales de activistas podía dar lugar a alianzas y a movimientos globales.

Así, por ejemplo, cada año la Asamblea Río Cuarto sin Agrotóxicos se suma a la convocatoria mundial “Marcha contra Monsanto”. Cada 20 de mayo en diferentes ciudades del mundo se organizan acciones colectivas en las que se visibilizan las consecuencias que genera el uso de los productos “agrotóxicos” que produce la multinacional al mismo tiempo que se plantea una crítica al modelo productivo imperante a nivel internacional y las consecuencias que genera a nivel social, económico, ambiental y en la salud.

La identidad en movimiento

Arfuch afirma que la identidad es “una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporalmente fijada en el juego de las diferencias” (2005: 24). De esta definición podemos destacar algunas

características de la identidad que no podemos pasar por alto y que son importantes para nuestro estudio. Lejos de pensarse como esencia, como rasgos preestablecidos, la identidad es una construcción; es relacional en tanto depende de la relación entre un “nosotros” y los “otros”; la identidad es un proceso por ende no permanece inmutable al paso del tiempo y a las transformaciones que se producen en la sociedad. Con respecto a esto último, Denys Cuche sostiene que la identidad “está en continuo movimiento; cada cambio social la lleva a reformularse de una manera diferente” (Cuche, 2004: 119), por eso la considera situacional.

Considerando aportes de diferentes perspectivas teóricas y a partir del trabajo de campo realizado nos dedicaremos ahora a señalar algunos aspectos que permiten definir a la identidad en relación con los movimientos socioterritoriales.

Procesual. “La identidad se construye, se deconstruye y se reconstruye según las situaciones. Está en continuo movimiento; cada cambio social la lleva a reformularse de una manera diferente” (Cuche, 2004: 119). Los sujetos se identifican de ciertas maneras o de otras en ciertos contextos históricos específicos y en el marco de relaciones sociales específicas. Si alguno de estos cambia, también cambia la manera identificarse. Sin embargo, las identidades presentan cierta continuidad a través del tiempo ya que permanecen más allá de las acciones (Giménez, 1997), persisten en el tiempo reconstruyéndose de manera paulatina rara vez de manera radical.

Entonces, si concebimos a la identidad como el resultado siempre dinámico de una construcción que se da a lo largo del tiempo, para conocer cómo se construye la identidad de un movimiento social resulta importante reconstruir su historia. En este sentido cobra gran relevancia la memoria colectiva del grupo.

La historia compartida como parte de la memoria común se manifiesta en las acciones colectivas, en las discusiones asamblearias, en las relaciones con *los otros*; la historia colectiva se resignifica en el acontecer cotidiano del movimiento y, al mismo tiempo, favorece la cohesión de los lazos internos y reafirma el sentido de pertenencia, lo que posibilita la proyección de los movimientos sociales a largo plazo.

Relacional. “Identidad y alteridad tienen una parte común y están en una relación dialéctica. La identificación se produce junto a la diferenciación” (Cuche, 2007: 110). Esta doble dimensión es la que permite entender por qué un grupo construye tal o cual identidad en un momento histórico determinado. La capacidad de distinguirse y ser

distinguido de otros grupos y de definir los propios límites se constituye en una de las características fundamentales de la identidad.

“Los actores “producen” la acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y de definir sus relaciones con el ambiente (otros actores, recursos disponibles, oportunidades y obstáculos)” (Melucci, 1994: 158), así la identidad colectiva contribuye a que se den las condiciones para la acción. Es en el entramado de esas relaciones que se va conformando un “*nosotros*” en el que se ponen en común los *fines* de la acción (sentido que adquiere ésta para los sujetos), *medios* (posibilidades y limitaciones de la acción) y el *ambiente* (ámbito en que transcurre). En este marco cobran vital importancia las *Estructuras de Oportunidades Políticas*. El tiempo, la oportunidad y el destino de los movimientos son ampliamente dependientes de las oportunidades de los grupos insurgentes para cambiar la estructura institucional y la disposición ideológica del poder hacia ellos.

Al pensar en la identidad colectiva no se puede pasar por alto que los sujetos que conforman el movimiento social tienen su propia subjetividad, su identidad personal e intereses, es decir su identidad individual (Giménez, 1997). A partir de la puesta en común de las individualidades (conflictiva o armoniosamente) se va acordando el carácter del movimiento, se van negociando, discutiendo, las distintas posturas que luego permitirán alcanzar el consenso necesario para la acción (Hadad y Gómez, 2007). Es por esto que resulta fundamental estudiar las relaciones que se establecen al interior del movimiento, entre sus integrantes.

Ahora bien, bajo la denominación de *los otros*, el movimiento socioterritorial puede establecer relaciones de alianza donde priman los lazos de cooperación para aunar esfuerzos, las estrategias y acciones colectivas comunes y la conformación de redes territoriales que, en algunos casos, también son multiescalares. Se trata de relaciones en las que necesariamente los actores involucrados comparten intereses, modos de ver y entender la realidad (o algunos aspectos de ella) que facilitan y garantizan el accionar conjunto en la sociedad.

También puede establecer relaciones de disputa. Se trata de actores sociales como gobiernos (locales, provinciales y nacionales), empresas (nacionales o transnacionales) y/o entidades con los que tienen intereses diferentes y sentidos enfrentados acerca de distintos aspectos de la realidad (la naturaleza, el poder, los bienes comunes, el desarrollo, etc.). Ya sea a partir de relaciones de alianza o disputa, *los otros* con los que

los movimientos se relacionan también van a incidir en su identidad por eso es relevante indagar en esas vinculaciones.

Lo simbólico. Los sujetos que constituyen los movimientos sociales están vinculados entre sí por un sentimiento de pertenencia común que implica símbolos y representaciones sociales específicos y distintivos (Giménez, 1997).

La construcción identitaria de los grupos tiene una dimensión simbólica. Para formar parte de un grupo resulta necesaria una definición común de la situación, compartir significados y concebir la realidad desde una visión compartida al interior que se diferencie de la que tenga *otros*.

En este sentido, parece oportuno retomar el concepto de “frames” (Goffman, 2006). Pertenecer a un grupo social implica que los sujetos que lo integran tienen un “marco” común compartido a través del cual miran la realidad, comprenden situaciones sociales concretas y establecen estrategias de acción. Al mismo tiempo, “los movimientos sociales son considerados agencias de significación colectiva para difundir ideas en la sociedad, ligados a la cultura en la que se inscriben y una de sus tareas fundamentales es la de producir esos marcos de referencia” (SádabaGarraza, 2001:153) que posibiliten la visibilidad, ante la sociedad en general, de sus demandas y perspectivas.

Indagar acerca de los sentidos que se producen, circulan y reproducen al interior del movimiento permite dar cuenta de los marcos de referencia común que posibilitan el accionar colectivo del movimiento y la construcción de su identidad.

El territorio juega un rol central en la construcción de identidad, en la medida en que las acciones colectivas que realizan los movimientos sociales tienden a intervenir en un territorio a través de territorializaciones, es decir de (re)apropiaciones de y en un espacio geográfico determinado.

Según Harvey, los movimientos sociales internalizan las problemáticas generales de la “acumulación por desposesión” y es en esta nueva espacialidad que surge la “búsqueda de identidad personal y colectiva” (Harvey, 2005: 334). En esta misma línea, Arturo Escobar (2010) considera a los movimientos sociales como formas no estatales de poder que conducen a la producción de identidades y subjetividades alternativas orientadas al postdesarrollo, planteando de este modo una crítica al modelo de desarrollo imperante y concibiendo a las identidades de los movimientos socioterritoriales y sus acciones colectivas como intersticios de resistencia frente al orden hegemónico. Al mismo tiempo reconoce que en las prácticas de los movimientos

sociales se actualizan y reconfiguran nuevas identidades colectivas que retoman lazos grupales primordiales articulados y anclados más o menos en una cultura compartida y autocontenida.

Siguiendo estos lineamientos teóricos acerca de los movimientos sociales y de la identidad, nos preguntamos: ¿cómo construye y reconstruye su identidad un movimiento socioterritorial? ¿quiénes forman parte de él? ¿qué tipo de relaciones se entretejen entre sus integrantes? ¿cómo aportan éstas al proceso de (re)construcción identitaria? ¿con qué otros actores sociales construyen vínculos? ¿cómo es la relación con éstos? ¿cómo afecta esta configuración de los “otros” en la del “nosotros”? Si la identidad colectiva es un proceso, ¿qué rol juega la historia del movimiento? ¿y la situación social, política y económica de su entorno? ¿qué relación se puede establecer entre las acciones colectivas que lleva adelante el movimiento y la (re)construcción de su identidad? Éstas fueron algunas de las preguntas que dieron inicio a la investigación y que guiaron la elección tanto del caso como de la metodología a utilizar. Desarrollaremos esto en el siguiente apartado.

2. Aspectos metodológicos

Las preguntas que dieron inicio al estudio fueron las que condujeron a la elección del caso y de la perspectiva etnográfica como metodología de investigación.

El trabajo empírico se hizo en un movimiento socioterritorial de carácter ambiental que surgió en el año 2012 como resistencia al agronegocio en una ciudad mediana del sur de la provincia de Córdoba, núcleo de la Pampa Húmeda argentina. Demandas concretas y acciones colectivas frecuentes en defensa del territorio y en contra de todo aquello que perjudique la vida en él; reuniones asamblearias periódicas y toma de decisiones colectivas; trabajo en red con otras organizaciones y la permanencia de sus miembros que posibilita una proyección a largo plazo y la construcción de sentidos y valores compartidos, son elementos que nos habilitan a referirnos a este colectivo como un movimiento social con un fuerte arraigo territorial.

La etnografía se trata de un método en el que el investigador participa de la vida cotidiana de un grupo durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas, o sea recogiendo todo tipo de datos que permitan describir al grupo (Guber, 2012).

Dijimos anteriormente que una de las principales características de los movimientos socioterritoriales es su estructura flexible y asamblearia que hace que la participación tenga un rol central en su funcionamiento. Lo que no dijimos es que para la etnografía la participación también es esencial. He aquí el principio de la tensión.

Si lo que se pretende es dar cuenta de las relaciones que se entretienen al interior del movimiento, observar vínculos y analizarlos, comprender las decisiones tomadas y acceder a las significaciones otorgadas a las prácticas cotidianas, participar implica mucho más que observar y tomar nota de lo que se ve u oye durante los encuentros con los asambleístas. Participar significaba “ser parte” del movimiento, entiéndase por esto: asistir a las reuniones asamblearias, proponer temas a tratar, opinar sobre los tópicos que se discuten, participar en la toma de decisiones y hacer todo tipo de actividades como salir a la calle a juntar firmas, redactar documentos, asistir a reuniones con funcionarios, entre otras tantas. Es decir, hacer lo mismo que cualquier otro participante.

La situación se complica aún más cuando el investigador se siente identificado con las demandas y objetivos planteados por el movimiento. Ante esto se encuentra en el desafío de redoblar la capacidad reflexiva sobre sus propias prácticas para mantener el equilibrio entre “observación participante” y su “participación militante”, tomar la distancia suficiente ante los datos para poder analizarlos y lograr así “una comprensión involucrada, más que una relación externa presentada como objetiva” (Guber, 2018: 69).

El cuaderno de campo era el testigo de los momentos de reflexión. Se anotaban allí las asociaciones entre teoría y datos que se iban realizando a partir de lo observado, pero también se iban relevando las apreciaciones personales que surgían del participar, lecturas que indefectiblemente están atravesadas por las propias creencias, experiencias y expectativas.

La observación como eje de la investigación

Si bien estaba previsto de antemano la realización de observaciones participantes y entrevistas, pensar la manera y elegir el momento oportuno para hacerlas fue todo un desafío una vez comenzado el trabajo de campo.

La observación participante que comenzó allá por inicios de 2016 y que duró alrededor de dos años, fue el eje central del proceso de investigación. Esta

técnica consiste en observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno al investigador y, al mismo tiempo, participar en diferentes actividades que involucran a los sujetos observados. “Participar” implica que el etnógrafo debe desenvolverse como lo hacen los nativos, comportarse como un miembro más. A partir de la observación se ve a los actores en sus contextos habituales de interacción por lo que se trata de una herramienta útil para contrastar lo que el actor dice hacer y lo que realmente hace (Guber, 2012).

Las reuniones asamblearias y las acciones colectivas realizadas por el movimiento fueron el escenario de las observaciones, como se había programado de antemano antes de empezar con el trabajo de campo. Sin embargo, a medida que transcurría la observación participante otro “espacio” de interacción cobró relevancia: las redes sociales digitales. Al reconocer la centralidad que éstas tenían tanto en la toma de algunas decisiones como en la organización de actividades, se decidió incorporarlas a la observación.

Durante las reuniones asamblearias el registro de las intervenciones fue lo más exhaustivo y detallado posible, tratando incluso de anotar expresiones textuales de los participantes, el tono de voz con el que lo decía, gestos, mímicas y movimientos del cuerpo. En la medida de lo posible, también se observaron y registraron las reacciones (verbales y no verbales) de los otros interactuantes. La disposición de cada uno de los presentes en el espacio también era una cuestión considerada al momento del registro que consistió en tomar notas en un cuaderno durante todo el encuentro. Nunca se hicieron grabaciones de voz ni videos como así tampoco registros fotográficos durante estas reuniones.

En las observaciones durante las acciones colectivas se consideró el escenario, los actores que participaban, las conductas de los integrantes del movimiento, algunas conversaciones que podrían aportar datos significativos, entre otros aspectos. En estas circunstancias, resultó más complicado tomar notas *in situ* dado que casi todos los integrantes estaban cumpliendo alguna tarea específica, por eso el registro se realizó una vez terminada la actividad lo más pronto como se podía para no olvidar detalles que podrían resultar relevantes. Cuando la información era demasiada y había riesgos de olvidar algo, la herramienta “notas” del celular eran la mejor opción para escribir algunas ideas que luego serían ampliadas al momento de reconstruir las memorias de la jornada en el cuaderno de notas.

A medida que transcurría la observación y el registro no sólo de lo que acontecía dentro del movimiento sino también en lo que sucedía con el doble rol de “observadora participante” y de “participante militante” iba tejiendo relaciones, iba sacando conclusiones parciales que parecían explicar al movimiento, sus relaciones y la construcción de su identidad. Al momento de las entrevistas esas dimensiones que se armaban y rearmaban en el cuaderno de notas fueron puestas en tensión, en discusión.

Las entrevistas. Tensionando relaciones

Las entrevistas permiten profundizar en la comprensión de los significados y puntos de vista de los actores sociales. Con la utilización de esta técnica se busca acceder a las significaciones que los actores les otorgan a sus prácticas cotidianas, sus experiencias, a las acciones colectivas, a las relaciones y vínculos entablados tal como las manifiestan con sus propias palabras.

Las observaciones primero y luego también las entrevistas fueron las que definieron en qué momento del proceso era oportuno hacerlas, a quién, cuáles serían los temas a tratar y cómo se desarrollarían. En este último punto fue esencial apelar a la creatividad, el desafío estaba en cómo hacer que los integrantes del movimiento hablen sobre sus prácticas y sus relaciones ante una compañera del grupo que había vivido con ellos la cotidianeidad de los últimos tiempos y que las respuestas no fueran “vos sabés cómo fue, estuviste ahí”. Ante este temor latente, se pensó en una dinámica que fuera más allá de la clásica estructura pregunta-respuesta-repregunta y se los invitó a los entrevistados a repensar sus prácticas y repensarse en su lugar dentro del movimiento a partir de otras dinámicas.

En primer lugar, dado que el material con el que se contaba producto de más de un año de observaciones era abundante, se seleccionaron algunos tópicos a ser conversados tratando de hacer un recorte en relación con los objetivos. Una vez definido esto, se eligieron los participantes que podrían aportar más a esas cuestiones preestablecidas y se concretaron las entrevistas. Entre una y otra pasó el tiempo necesario para desgrabar, analizar y definir los lineamientos de la próxima.

Los lugares siempre fueron propuestos por los entrevistados. Esto hizo que los escenarios sean de los más variados, pero lo que nunca faltó sobre la mesa, además del grabador de voz con el que se registró cada una de las conversaciones, eran algunos elementos que invitaban al entrevistado a hacer un recorrido por los temas de una manera más didáctica, nos referimos a disparadores como fotos de acciones colectivas o

de lugares relevantes en la historia del movimiento; recortes con frases de los entrevistados, de otros compañeros o de funcionarios; pequeños cartones con palabras recurrentemente utilizadas sobre todo en las publicaciones de Facebook; tampoco faltaron hojas en blanco y un fibrón para que el entrevistado pudiera agregar, tachar o corregir lo que creyera conveniente.

Si bien cada entrevista tuvo sus particularidades dado el nivel de confianza y afinidad con el entrevistado, duraron entre una y dos horas. Las conversaciones fueron organizadas en tres partes: en la primera se le preguntaba acerca de los comienzos del entrevistado en el movimiento, sus motivaciones personales y la manera en cómo concebía a la organización; en la segunda parte, se lo invitaba al entrevistado a reflexionar sobre la actualidad del movimiento, acá se ponían en discusión las relaciones establecidas por la investigadora entre datos y entre éstos y las teorías, se reflexionaba acerca de expresiones propias o ajenas que habían sido tomadas de las reuniones asamblearias o de las declaraciones a los medios de comunicación; en tercer y último lugar, se los incentivaba a que pensarán cuáles son los desafíos tanto internos como externos a los que el movimiento se debe enfrentar en la coyuntura actual. El objetivo de hacer entrevistas era lograr que los actores pudieran poner en palabras pensamientos, sentires, reflexionen acerca del movimiento, de ellos en tanto participantes, sus prácticas y relaciones.

Al poner en tensión las categorías que se construyeron durante las observaciones participantes, los aportes de cada entrevistado generaron más preguntas y nuevas relaciones; sacaron a la luz aspectos antes no tenidos en cuenta; hicieron quitar algunas dimensiones, crear nuevas y renombrar otras. Así, por ejemplo, lo que se había denominado inicialmente “enemigos” luego de la primera entrevista fue relativizado y pasó a denominarse “adversario” tal como propuso el entrevistado. En otra entrevista, apareció una dimensión intermedia para referirse a las relaciones que se establecen con algunas instituciones estatales, la denominaron “coyunturales”. De esta manera, “las voces de los sujetos cobran cada vez mayor protagonismo, se transforman en autores o coautores de los analistas” (Giarracca y Bidaseca, 2007: 46).

A modo de cierre

A lo largo del trabajo hicimos un recorrido por los aspectos teóricos y metodológicos que guiaron el trabajo etnográfico realizado en un movimiento socioterritorial de carácter ambiental con el fin de conocer el proceso de construcción identitaria.

Con respecto a lo teórico, definimos y caracterizamos a los movimientos socioterritoriales y establecimos consideraciones generales acerca de la identidad y, específicamente, la colectiva. La construcción teórica de los conceptos centrales generó interrogantes que dieron inicio al estudio en cuestión.

En lo referido a lo metodológico, pudimos observar algunas tensiones que se generaron en torno al rol de la investigadora sino también cómo se utilizaron algunas herramientas para potenciar la capacidad reflexiva de los propios actores, lo que permitió retroalimentar y enriquecer el trabajo de campo a partir de la coproducción de datos entre actor observado-investigador observador. Lejos de creer que la objetividad se logra a partir de la distancia con el objeto de estudio, se dio cuenta que hasta cuando el involucramiento parece ser un obstáculo en la investigación, éste resulta de gran riqueza en el quehacer etnográfico si está acompañado de un profundo trabajo reflexivo.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2005) Problemáticas de la identidad. En Arfuch, L. (comp) *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires:Prometeo.
- Cuche, D. (2007) *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires:Nueva Visión.
- Escobar, A. (2010) *Una minga para el postdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Fernandes, B. (2006) Movimientos socioterritoriales y movimientos socioespaciales. Contribución teórica para una lectura geográfica de los movimientos sociales. En OSAL, Año 6 no. 16, CLACSO, Buenos Aires.
- Giarraca, N. yPetz, I. (2007) La Asamblea de Gualeguaychú: su lógica de nuevo movimiento social y el sentido binacional “artiguista” de sus acciones. En Revista Realidad Económica N°226, Buenos Aires. Disponible en <http://www.gergemsa.org.ar/files/pdf/articulosrevista/giarracca-petz-realidadeconomica.pdf>. Consulta: 15/07/2014
- Giménez, G. (1997) Materiales para una teoría de las identidades sociales. En Revista Frontera Norte, Vol. 9, N°18, julio-diciembre 1997. Disponible en: http://www2.colef.mx/fronteranorte/articulos/FN18/1-f18_Materiales_para_una_teor%C3%ADa_de_las_identidades_sociales.pdf. Consulta: 15/05/2016.
- Goffman, E. (2006) *FrameAnalysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: Siglo XXI.
- Guber, R. (2018) “Volando rasantes”...etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador. En Piovani, J y Muñiz Terra, L (coord.) *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 52-72). Buenos Aires: CLACSO, Biblos.
- Guber, R. (2012) *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Hadad, G. y Gómez, C. (2007) Territorio e identidad. Reflexiones sobre la construcción de territorialidad en los movimientos sociales latinoamericanos. En Actas de las 4° Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS-UBA. 19, 20 y 21 de Septiembre de 2007. Buenos Aires. Disponible en:

- <http://www.ger-gemsa.org.ar/files/pdf/ponencias/hadad-gomez-jornadasjovenes2007.pdf>. Consulta: 15/05/2015
- Harvey, David (2005) El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión. En *SocialistRegister* 2004: El nuevo desafío imperial, Buenos Aires: MerlinPress–CLACSO.
- Jelin, E. (2003) La escala de la acción de los movimientos sociales. En: Jelin, E. (comp) *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos Sociales*. Buenos Aires: Libros del zorzal.
- Melucci, A (1994) Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. En *Revista Zona Abierta*, nro. 69, Madrid.
- Porto Gonçalves, C. (2009) De Saberes y de Territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. En *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, Volumen 8, N° 22. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/305/30512211008.pdf> . Consulta: 24/05/2017.
- SádabaGarraza, M. T. (2001) Origen, aplicación y límites de la ‘Teoría del Encuadre’ (Framing) en Comunicación. En *Comunicación y Sociedad*. Vol. XIV, Núm. 2. Facultad de Comunicación. Universidad de Navarra, Pamplona, España.
- Schuster, F. (2005) Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva”. En Schuster, F y otros. *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.
- Svampa, M. (2008) *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Svampa, M. (2006) “Movimientos sociales y nuevo escenario regional: inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina”. En *Cuadernos de Socio-Historia*, 19/20, La Plata. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3612/pr.3612.pdf. Consulta: 12/02/2014
- Zibechi, R. (2003). Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. En *OSAL: Observatorio Social de América Latina*. No. 9. Buenos Aires: CLACSO